

Discurso del Presidente de la República en Cena en honor de Su Majestad la Reina
Beatrix de Holanda
SANTIAGO, 19 de marzo de 2003

Amigos y amigas:

Antes de comenzar, permítanme una breve reflexión de los momentos en que atraviesa hoy la humanidad, en donde tiene lugar esta visita de Estado suya.

Esta visita es para incrementar las relaciones entre dos países que aman la paz, el diálogo y la democracia. Y, por lo tanto, el momento en que vive la humanidad, tan difícil y complejo, hace tal vez que esta visita, y lo que hemos conversado en estos días, tengan más relevancia que en otras oportunidades.

Por eso queremos darle la bienvenida, en estos momentos difíciles para la humanidad, darle la bienvenida en esta casa llena de resonancias históricas, símbolo de la voluntad democrática de Chile y en donde aquí tengo el honor de recibir a la Jefa de Estado de una nación amiga.

Dicen algunos que el holandés, junto al albanés, es tal vez el idioma más secreto del continente Europeo. Ello no ha sido obstáculo para que los Países Bajos formen parte de la historia y de la identidad de Europa, ese continente plural donde distintas culturas y tradiciones históricas han logrado una asociación sin precedentes.

El ensayista y novelista holandés, Cees Nooteboom, habla de la pluriformidad como ese rasgo que permite la unidad de Europa. Dice: "la pluriformidad no es digerible por un organismo único; es necesaria para una alquimia completamente distinta y extremadamente misteriosa". Es esa alquimia la que se ha ido forjando en las últimas décadas, alquimia que encuentra su base, como dice Nooteboom, en la fórmula de Octavio Paz: "insertarse en la tradición de lo nuevo". Para el escritor holandés que reflexiona cómo ser europeos, esta fórmula significa convertirse en heredero de un cortejo sin fin de herederos, participantes del perpetuo garabateo, del perpetuo mascullar que se alza en este continente desde hace casi 30 siglos, del discurso ininterrumpido, del murmullo de individuos aislados, del diálogo de las escuelas, de los poemas y de los testimonios, que no acaban de hacerse eco del coro polifónico maravilloso y contradictorio de Babilonia, nuestro coro.

Así, en este diálogo permanente, en este proceso de asumir una herencia plural, los países bajos son parte de Europa y son también una sociedad con una identidad propia que valoramos especialmente. Valoramos especialmente ese sentimiento de igualdad democrática que existe en vuestra gente y el enorme edificio económico social que han construido y que permite que no existan enormes diferencias sociales. Valoramos el diálogo permanente entre empresarios y trabajadores, valoramos el creer firmemente que no hay buenas soluciones si una sola parte es la única que obtiene ventajas. La conciencia que la fuerza de un país se basa en la conjunción de la energía de toda su gente. Valoramos el espíritu de tolerancia con el cual se ha construido la sociedad holandesa, un respeto por la libertad de conciencia, por dar un marco propicio para el desarrollo de estilos de vida diferentes.

Pienso que Holanda muestra un rasgo muy importante en el mundo contemporáneo:

ustedes han demostrado que es posible combinar los valores esenciales de la tradición humanista occidental, con un comercio activo y próspero, con una economía abierta, poderosa, globalizada. Y a pesar de la distancia y de la geografía, nuestras historias se han acercado en momentos claves y decisivos. Así, en momentos difíciles, en tiempos no muy lejanos para mi patria, muchos compatriotas pudieron encontrar refugio y protección en vuestro país, quien los recibió con calidez y generosidad. Como dijo un exiliado chileno, "cuando se conoce a los holandeses, se puede apreciar cómo sienten nuestros dolores e inquietudes. Tienen paciencia y nos ayudaron a vivir cuando carecíamos de esperanza".

Y también Holanda ofreció cobijo a la necesaria reflexión. El Instituto para el nuevo Chile, allá en Róterdam, fue uno de los centros relevantes para dar un impulso renovado a la imaginación política de las fuerzas democráticas chilenas. También nos acompañaron en el inicio de nuestra democracia, cooperando activamente en el tema de la mujer, en el desarrollo de la institucionalidad pertinente. Y al recordar estas jornadas queremos recordar con especial afecto a los seis primeros ministros, Lübbers y Kok, que han representado ejemplarmente la vasta solidaridad holandesa con el proceso democrático de Chile.

Hoy la situación es diferente. Chile ha consolidado su talante democrático y avanza con pasos seguros en la senda del desarrollo. Nosotros nos sentimos también parte de los herederos de los herederos, de esa tradición más que milenaria que echó raíces también de este lado del Atlántico.

Así, el año pasado, tras un largo proceso de negociaciones durante el cual siempre contamos con el apoyo de los Países Bajos, firmamos un acuerdo de asociación política y económica con la Unión Europea. Ha sido, en cierto sentido, como regresar a casa, con el agregado de nuestra propia historia, nuestras tradiciones y el fecundo aporte de las culturas que ya existían aquí en el territorio de Chile y que esperamos que usted pueda apreciar en parte mañana.

Con Holanda, además de los valores democráticos, compartimos la aspiración de un comercio sin barreras, sin proteccionismo, tema central en la política internacional de los próximos años. Y Chile también, por qué no decirlo, puede ser una excelente plataforma para los hombres y mujeres de negocio holandeses en la región latinoamericana. Holanda es ya el tercer inversor en servicios por parte de la Unión Europea en nuestro país y puede tener otras perspectivas en el mismo sentido. Chile puede ser también un buen aliado de Holanda en acciones para el fortalecimiento de la democracia en América Latina. Hemos desarrollado alguna experiencia en el desarrollo de instituciones políticas y económicas, en la búsqueda simultánea de legitimidad y eficiencia. Sabemos de fracasos y crisis, de hermosura y bondad de los esfuerzos democráticos. Podemos y queremos compartirlos con ustedes. Y a pesar de las actuales circunstancias porque atraviesa América Latina, tengo la firme convicción que es un continente donde es más probable articular los valores democráticos con las exigencias de economías abiertas y competitivas.

Su Majestad:

Esta noche nos encontramos dos pueblos que comparten valores comunes, somos dos naciones que buscan, cada una desde su ubicación y escala, con sus propias tensiones y

desafíos, contribuir a un mundo internacional más justo y equitativo, ese mundo al cual el Príncipe Claus aspiró y al cuál dedicó sus energías con nobleza y coraje. La consecución de los valores democráticos y humanistas han permitido que nuestros pueblos se encontraran en los recodos de la historia contemporánea. Con certeza, esas mismas convicciones nos unirán en el futuro.

Por ello esta noche invito a los presentes a brindar por vuestra Majestad, por sus altezas y por la hermosa y sólida amistad entre nuestras naciones.